

Dante y Maquiavelo. De la teoría política medieval a la moderna

Dante and Machiavelli. From Medieval to Modern
Political Theory

*Roberto García Jurado**

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid, España. Profesor-investigador en el Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Contacto: rgarcia@correo.xoc.uam.mx.

Resumen

La vida y el pensamiento de Dante y Maquiavelo tienen muchas cosas en común, a pesar de que los separan doscientos años de turbulentas transformaciones sociales y políticas. Sin embargo, también tienen notables y profundas diferencias, al grado de que podemos ubicar al primero como una muestra típica de la teoría política medieval y al segundo de la teoría política moderna. Sin embargo, no se propone aquí tratar a Dante y al pensamiento político medieval como una etapa pueril en la maduración tendiente al pensamiento político moderno, sino que se le presenta como una estructura teórica que respondía a una realidad y unos preceptos distintos a los que conformaron tiempo después a la modernidad. Así, en este artículo se pone especial atención a las diferencias del pensamiento político de uno y otro, sobre todo a lo que tiene que ver con su concepción de las motivaciones políticas de los individuos, de la naturaleza de la vida social y de lo que podríamos llamar la sociedad política internacional, con el fin de esclarecer las razones que permiten ubicar a cada uno de ellos en estas posturas teóricas tan distintas.

Palabras clave: Razón, pasiones, Medioevo, paz, libertad.

Abstract

The life and thought of Dante and Machiavelli have many things in common, even though they are separated by two hundred years of turbulent social and political transformations. However, they also have notable and profound differences, to the extent that we can locate the former as a typical sample of medieval political theory and the latter of modern political theory. However, it is not proposed to treat Dante and medieval political thought as a puerile stage in the maturation tending to modern political thought, but rather it is presented as a theoretical structure that responded to a reality and different precepts to those that formed time then to modernity. Thus, in this article special attention is paid to the differences in the political thinking of one and the other, especially what has to do with their conception of the political motivations of individuals, the nature of social life and what we could call the international political society, in order to clarify the reasons that allow to place each of them in these different theoretical positions..

Key words: Reason, passions, Middle Ages, peace, freedom.

Dante es uno de los poetas más grandes que ha tenido la humanidad, el más grande sin duda alguna de toda la Edad Media. Maquiavelo, por su parte, es uno de los pensadores políticos más importantes que ha habido en la historia, y sin duda alguna también, es el más importante del Renacimiento, de la primera etapa de la modernidad.

Sin embargo, a pesar de que la labor más importante de Dante es literaria, también dedicó espacio y reflexión a la teoría política, de la cual resultó su tratado *De la monarquía*, un texto muy significativo no sólo porque es producto de la pluma del poeta, sino porque fue una muestra y contribución relevante del pensamiento político de la Edad Media. Más aún, a pesar de que se ha considerado siempre a la *Divina comedia* como un poema pletórico de alegorías y parábolas teológicas, filosóficas y mitológicas, hay un impresionante sustrato de crítica ética y política, por lo que difícilmente puede leerse sin considerar o percibir el entorno político y social de la obra; como lo dice el propio Dante en un escrito epistolar “El género filosófico, al que pertenece la obra por entero y cada una de sus partes, es el género moral o ética, pues la obra y sus partes no van encaminadas a la pura especulación, sino a la acción” (Alighieri, 1980: 816).

De este modo, más allá de la grandeza y relevancia indiscutida de Dante y Maquiavelo en sus respectivos campos de especialización, hay una serie de coincidencias y semejanzas en su vida pública y pensamiento político que vale la pena evidenciar y destacar, no sólo por la importancia y notoriedad de cada uno de ellos por separado, sino porque al analizarlos y compararlos se puede apreciar una transformación importante del pensamiento político que distingue a uno y otro, una transformación en la concepción de la sociedad, la política y el Estado que no sólo ilustra la evolución del pensamiento político en los dos siglos que los separan, sino que marca con mucha claridad lo que podríamos considerar el tránsito de la teoría política medieval a la teoría política moderna.

De la unidad a la diversidad social y política

Una de las coincidencias más notables entre Dante y Maquiavelo es su profundo y acendrado patriotismo. Ambos amaban apasionadamente a su tierra y ciudad natal. En múltiples pasajes de sus obras hay expresiones que acreditan este fuerte sentimiento de pertenencia. Dante no sólo inicia el Canto XIV del *Infierno* diciendo “Por el amor a mi ciudad movido” (Alighieri, 2016: 81), sino que toda la *Comedia* está repleta de alusiones a la vida política y social de su ciudad, evidenciando los fuertes vínculos que unían su espíritu a Florencia. Incluso en una carta de 1304 dirigida al cardenal Nicolás de Prato, en respuesta a la que él había enviado a los florentinos del partido blanco en el exilio, de los que el mismo Dante formaba parte, le expresa a nombre de él y de sus compañeros que había actuado queriendo favorecer a Florencia, “Pues la salvación de la patria anhelábamos” (Alighieri, 1980: 794). Pero tal vez el pasaje más intenso y explícito del profundo patriotismo de Dante se encuentre en *De la monarquía*, en donde condensando de una manera magistral el mandato divino y la lógica aristotélica, principio y esencia del pensamiento medieval, dice “Pues hay algunos juicios de Dios que la razón humana puede alcanzar con los propios pies, como éste: Que el hombre ha de arriesgar su vida por la salvación de la patria. Si la parte, en efecto, debe exponerse por la salvación del todo, el hombre, que es una parte de la ciudad, como muestra el Filósofo en su Política, debe arriesgar su vida por la patria como lo menos bueno por lo mejor” (Alighieri, 1990: 77).

Maquiavelo es igualmente explícito en su profundo patriotismo, que muestra palmariamente en una conocida expresión que se encuentra en una carta del 16 de abril de 1527, unas cuantas semanas antes de su muerte, dirigida a su amigo Francisco Vettori, donde expresa su muy conocida frase “amo a mi patria más que a mi alma” (Maquiavelo, 2013: 430). Incluso en un texto mucho menos conocido, el *Diálogo en torno a nuestra lengua*, llega a decir “Honrar a la patria, mayor obligación, de ella depende la existencia [...] Parricida, el enemigo de su patria, aunque hubiese sido ofendido por ella” (Maquiavelo, 2012: 3).

Este patriotismo tan intenso y emotivo se materializó también en sus actividades cotidianas, pues ambos se involucraron plenamente en la vida civil y política de Florencia.

La primera noticia histórica que se tiene de Dante es su participación en la batalla de Campaldino, la batalla en la que participó como integrante de la caballería de los güelfos florentinos en contra de los gibelinos aretinos, cuya victoria le dio a Florencia un control y hegemonía sobre el territorio toscano que fue la base de su expansión, del crecimiento que la llevó a convertirse en un pequeño imperio regional para los tiempos de Maquiavelo (Le Goff, 2018: 283).

Años después, contando ya 30 años de edad, Dante inició en 1295 una intensa y notable carrera política, en la cual llegó incluso a convertirse en prior, o sea, integrante del máximo consejo de gobierno de la ciudad (Gómez, 2005).

Por su parte, Maquiavelo se incorporó al gobierno de Florencia en 1498 como segundo secretario de la cancillería, cargo en el que permaneció hasta 1512, cuando cayó junto con el gobierno republicano, y aunque nunca participó directamente en ninguna batalla, entre las múltiples funciones que desempeñó, destaca su labor como impulsor y organizador de la infantería y caballería miliciana de la ciudad (Viroli, 2009; y Vivanti, 2013).

Así, como puede verse, patriotismo y servicio público se funden y se implican en Dante y Maquiavelo. Sin embargo, luego de la interrupción de su servicio público al que se vieron forzados ambos, el sentimiento patriótico de uno y otro tuvo un derrotero contrastante, polarizado incluso. Mientras que Maquiavelo conservó vivo e intenso su patriotismo toda la vida, hasta incluso unas semanas antes de su muerte, como lo muestra la carta ya referida, Dante experimentó todo un vuelco a partir de su destitución y destierro en 1302.

Así como la lealtad y patriotismo tuvieron sus emotivas expresiones literarias, del mismo modo se produjeron intensas emociones en el sentido contrario, esta vez impulsadas por la amargura, el rencor y la rabia que Dante experimentó desde el principio de su destierro. En la *Comedia*, Dante se expresa ofensiva e injuriosamente de Florencia en múltiples pasajes, incluso llama a su pueblo ingrato, maligno, nefando y muchas cosas más (Alighieri, 2016: 90, 96). Elevando el tono de la

injuria, refiriéndose a tiempos pasados, dice en el Canto XI: “Florenzia, quien se observa tan señora aquel tiempo como hoy puta” (Alighieri, 2016: 275). Pero tal vez la expresión más ofensiva y denigrante sea la contenida en la carta que dirige a Enrique VII de Luxemburgo en 1311, poco después de que el emperador incursionó en Italia con supuestos fines pacificadores, en donde delata a su patria con esta expresión “Florenzia es el nombre de esa peste aciaga. Esta es la víbora que muerde las entrañas de su propia madre”, a lo cual siguen muchas líneas de ofensas y expresiones hirientes (Alighieri, 1980: 806).

Como es bien sabido, una vez que Dante fue desterrado de Florenzia, no volvió nunca más a ella en los casi 20 años que transcurrieron hasta su muerte. Incluso rechazó una amnistía que le fue ofrecida en 1315 por considerarla humillante en extremo (Petronio, 1990: 90). Este destierro vitalicio y la pobreza que contrajo para él y su familia fueron determinantes en su conducta, ideas y escritos, en los cuales destiló toda la rabia y rencor de esos años (D’Entrèves, 1952a: 10).

Es difícil saber hasta qué grado esta amarga experiencia vital fue la que determinó su apoyo franco e incondicional a la incursión de Enrique VII de Luxemburgo en Italia, al grado de brindarle todo su apoyo en contra de la misma Florenzia. Y más difícil aún es saber hasta donde este destierro contribuyó o determinó sus ideas políticas en torno a una monarquía universal, que Dante plasmaría precisamente en *De la monarquía*.

Así, a pesar de la profunda admiración que Maquiavelo sentía por Dante en el terreno literario, no dejó de criticarlo áspera y reprobatoriamente por esa actitud antipatriótica. Podría decirse que el pequeño tratado que Maquiavelo escribió sobre cuestiones lingüísticas, el *Diálogo en torno a nuestra lengua* (Maquiavelo, 2012), alejándose evidentemente de su campo de especialización, la política, tuvo como propósito implícito criticar este antipatriotismo de Dante.

En términos explícitos, Maquiavelo explicó que escribió este *Diálogo* con el fin de criticar las ideas lingüísticas que Dante plasmó en su *Tratado de la lengua vulgar* (Alighieri, 1986), en donde el poeta se propone precisamente exaltar las virtudes de la lengua vulgar, otorgándole un valor que entonces muy pocos le conferían, ya que el dominio del latín como lengua culta en esta época era indiscutible. Maquiavelo

reconoció la aportación de Dante en este terreno, aunque le reprochó que su defensa y encomio de la lengua vulgar no resaltara en particular la lengua vulgar usada entonces en Florencia, el florentino, la cual ya gozaba de un notable prestigio en toda Italia por esa misma época, un prestigio que incluso se incrementó al paso del tiempo (Maquiavelo, 2012; y Migliorini, 2016).

Sin embargo, aún cuando esta era la intención explícita, de manera implícita, Maquiavelo aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron en el texto para criticar el antipatriotismo de Dante, como se aprecia en el reproche indirecto que lanza desde las primeras páginas y que se refirió ya aquí, pues cuando dice “Honrar a la patria, mayor obligación, de ella depende la existencia [...] Parricida, el enemigo de la patria, aunque hubiese sido ofendido por ella”, no está haciendo una alusión general, sino que se está refiriendo inconfundible y acusatoriamente al propio Dante (Maquiavelo, 2012: 3). Más aún, la reprimenda de Maquiavelo adquiere un tono más condenatorio cuando después le dice a Dante que es “mendaz porque le predijo desgracias a Florencia que no se cumplieron”, y todavía más cuando le dice “Si alguien tiene que avergonzarse es Florencia antes que tú” (Maquiavelo, 2012: 12, 21).

Cabe señalar que el encono y repudio de Maquiavelo en contra de Dante se magnifica por el hecho de que aún cuando Maquiavelo sufrió el mismo trato denigrante y vejatorio por parte del gobierno de Florencia, él siempre se mantuvo fiel a su patria, trató de reincorporarse al servicio público lo más pronto posible y, sobre todo, nunca se le ocurrió ponerse al servicio o aliarse a ningún gobierno extranjero, y mucho menos en contra de Florencia, como lo hizo Dante (Viroli, 2009; y Vivanti, 2013).

A pesar de que el patriotismo que sentían uno y otro tuvo una transformación radical al transcurrir sus vidas, hasta volverse prácticamente una traición en el caso de Dante, tuvieron un origen muy similar, una exaltación de la patria a la cual creían que debía supeditarse el individuo.

En el caso de Dante, es muy probable que este patriotismo tenga origen o se refuerce por su forma de concebir a la sociedad, por entenderla como un todo, como una totalidad integrada superior y definitiva de cada una de sus partes. Así, puede verse también que este es uno de los rasgos más característicos del pensamiento medieval de Dante, pues en el Medioevo fue preponderante la concepción de la sociedad, la huma-

nidad y el universo como un todo integrado y absoluto (Gierke, 1963; Black, 1996; y Kelsen, 2017: 32).

Esta concepción unitaria y totalizadora puede explicarse a partir de tres factores básicos.

El primero de ellos es religioso. Partiendo de la naturaleza unitaria e indivisible que desde San Agustín se le atribuyó al Dios cristiano, se derivó una lógica de integración y constitución del mismo tipo para el resto de las entidades materiales y espirituales. Esta unicidad se impuso como principio existencial de todo el universo y sus partes, un principio unitario cuyo fin último era fundirse en el cuerpo de Cristo (Gilson, 2011: 156).

El segundo de ellos es filosófico. La incorporación de la filosofía aristotélica a la filosofía eclesiástica desde el siglo XIII se realizó reforzando estos principios de unidad y totalidad cognoscitiva, de manera que adquirieron mayor fuerza y consistencia con Alberto Magno y Tomás de Aquino (Black, 1996; Holmes, 1980: 30).

El tercero de ellos es histórico. Los reinos romano-germánicos medievales asumieron siempre ser herederos directos del imperio romano y de sus pretensiones de universalidad, más aún, la cultura medieval no tenía noción del cambio y transformación histórica, percibía una línea recta de desarrollo desde la civilización latina hasta ella, al grado de que podía imaginarse a los latinos como sus contemporáneos. En este sentido, no se tenía siquiera la conciencia de la gran ruptura producida en el siglo V, la cual sólo se hizo notar con los humanistas del Renacimiento (Highet: 2018: 139).

De este modo, la noción de totalidad y unidad característica de las ideas, la filosofía y la religiosidad predominante en la Edad Media no sólo se aplicaba al conjunto de la naturaleza, la divinidad o la humanidad, sino que se aplicaba también a la concepción del ser social y el ser individual. Así, apoyándose en Aristóteles, la concepción filosófica dominante acerca del ser individual lo concebía como una unidad acabada, una unidad formada de razón y pasiones ciertamente, pero que al final debían subordinarse a la razón para dejar inalterada la unidad racional. Del mismo modo, se concebía que el ser social debía ser considerado un todo integrado, místico, en donde el todo fuera indiscutiblemente superior a las partes (Gierke, 1963).

Así, para Dante, la estructura de la sociedad se basa en la unidad del individuo, en el imperio racional del individuo sobre sus sentidos y sus pasiones. Él lo plantea así “Digo además que el ser, la unidad y el bien tienen un orden entre sí [...] Primero, el ser por naturaleza produce la unidad, ésta a su vez produce el bien [...] lo máximamente uno es lo máximamente bueno” (Alighieri, 1990: 55; Alighieri, 1986: 120).

Más aún, Dante llega a ver con desagrado y reprobación la emergencia de las pasiones en los individuos que amenazan su estructura y dominio racional, al grado de considerar que “quien se aparta de la razón y usa sólo la parte sensitiva no vive como hombre, sino como bestia” (Alighieri, 1948: 58). Para la humanidad, este riesgo es mayor cuando se multiplica, lo cual es altamente previsible pues “la mayor parte de los hombres viven más según el sentido que conforme a la razón” (Alighieri, 1948: 117; Romano, 2001: 210).

Así, podría decirse incluso que para Dante la racionalidad social se produce y tiene como condición la suma de racionalidades individuales, al grado de que la libertad individual sea posible sólo mediante el sometimiento de los apetitos al juicio racional individual, lo cual se proyecta como causa al medio social y no sólo como efecto de éste.

Como puede observarse, la idea característicamente medieval de la unidad de la naturaleza y de la humanidad cimentó en Dante no sólo su patriotismo, sino también su intolerancia e incomprensión de las divisiones y facciones sociales, por lo que no concebía otra forma de existencia social que la paz, ni otra ocupación de su gobernante que no fuera su garantía y salvaguarda (D’Entrèves, 1952a: 31).

Tanto para Dante como para Maquiavelo el bien común tiene primacía sobre el bien privado, sin embargo, hay un cambio de sentido, mientras que para Dante el individuo busca su bien por la fuerza de un imperativo racional, por medio del cual debe subordinar todos sus otros impulsos a un único fin, que es su máximo bien, lo cual se proyecta al medio social como una sumatoria de racionalidades, en Maquiavelo el bien individual no se produce por el sólo ejercicio racional del individuo, sino que se produce por el efecto que produce en él la persecución del bien común a nivel social, que deriva en el bien de todos y cada uno de los ciudadanos, el cual se le impone mediante la ley y el orden público.

Así, el patriotismo de Maquiavelo tiene un origen distinto, es un patriotismo esencialmente republicano, que afirma la preponderancia de la vida pública sobre la existencia privada de los individuos, la cual sólo se posibilita gracias a la existencia del orden estatal, de la esfera pública (Bock, 1991).

De este modo, para Maquiavelo la racionalidad del individuo es más social, más pública. Maquiavelo incorpora y asume las pasiones de los individuos de una manera más natural, más comprensiva. Para Maquiavelo las pasiones no son necesariamente bestiales. Más allá del conocido pasaje del Capítulo XVIII de *El príncipe* en donde Maquiavelo dice que el príncipe debe aprender a comportarse tanto como bestia como hombre, lo cual constituye al fin y al cabo un tipo de racionalidad, de racionalidad política, Maquiavelo observaba las pasiones de los individuos como un componente indisociable del ser humano.

Asimismo, Maquiavelo asumía que la racionalidad política y social no se basaba sólo en una suma de racionalidades individuales, pues había el primer y gran inconveniente de que el pueblo, la porción más amplia de la sociedad, no se comportaba racionalmente, sino que se dejaba llevar por sus pasiones. Entonces, y derivado de ello, debía reconocerse que la racionalidad social se alcanzaba gracias a una racionalidad política superior, a la racionalidad del príncipe o de los jefes de las repúblicas, así como a la racionalidad pública emanada del imperio de la ley sobre los ciudadanos. Ciertamente, Maquiavelo partía de la premisa de que “los hombres siempre te saldrán malos, a no ser que una necesidad los haga buenos”, pero esa necesidad no era solo un imperativo racional individual, sino una coacción de orden público ejercida tanto por la acción del gobernante como por el imperio de la ley (Maquiavelo, 2010: 48; Maquiavelo, 2005: 41).

Como ha podido verse hasta ahora, a pesar del intenso patriotismo que ambos sentían, al menos originalmente, hay fuertes diferencias en el planteamiento teórico que sustentaba el pensamiento de uno y otro. Por principio, hay una fuerte diferencia en la concepción psicológica del individuo.

Así, frente a la concepción de Dante acerca de la unidad emotiva y racional del ser humano, basada en buena medida en Aristóteles, Maquiavelo asume y reconoce con mayor naturalidad la multiplicidad de

pasiones, impulsos y humores del ser humano, de modo que acepta de mejor manera no sólo las contradicciones internas que brotan en los individuos por estos impulsos y nociones contrapuestas, sino que integra también la existencia de estas contradicciones y contraposiciones en el medio social, lo cual no obsta para alcanzar un Estado o una república bien ordenada (Kelsen, 2017: 53).

De güelfos, gibelinos y la pluralidad republicana

Como se dijo en el apartado anterior, además del intenso patriotismo que originalmente compartían Dante y Maquiavelo, también los identificaba su compromiso y participación en la vida pública. Curiosamente, ambos se incorporaron a la vida pública poco después de que ocurriera una gran transformación política, de hecho, una importante transformación democrática.

Dante se incorporó al servicio público de la ciudad en 1295, algún tiempo después de la profunda reforma de 1282, la que podría considerarse la segunda revolución democrática de Florencia, luego de que en 1250 irrumpiera en la escena política la gran transformación que protagonizó lo que se llamó entonces el “*primo popolo*”. En 1282 el gobierno de la ciudad fue ganado por las “*artes*”, que era la manera como se llamaban las corporaciones comerciales e industriales de la ciudad, una reordenamiento que desplazaba del poder político a la clase acomodada tradicional, lo cual se radicalizó más aún con la promulgación de las *Ordenanzas de justicia* de 1293, que excluían explícitamente de los cargos públicos a la nobleza de abolengo y exigía como requisito para el ejercicio de un cargo público la pertenencia a alguna de estas “*artes*” (Najemy, 2002; Gómez, 2005).

El mismo Dante debió inscribirse a una de las artes para poder participar en el gobierno, lo cual hizo en 1295, sumándose a los médicos y boticarios, aunque su inscripción fuese meramente formal, pues nada tenía que ver con ese gremio (Crespo, 1999).

Por su parte, Maquiavelo se incorporó al gobierno de Florencia en 1498, después de que en 1494 se diera la expulsión de los Medici, la

familia que había asumido el control político y social de la ciudad desde 1434, que paradójicamente había estado del lado “popular” en 1282-1295, pero que ahora encarnaba y representaba los intereses de la oligarquía florentina. Esta expulsión no significó sencillamente la sustitución de un gobierno por otro, sino que cambió radicalmente su naturaleza, ya que si bien durante los 60 años de la dominación medicea la ciudad había tenido una forma de gobierno republicana, ello era sólo en el plano formal, pues en la realidad funcionaba como una monarquía hereditaria ejercida por dicha familia. De este modo, su expulsión en 1494 significó el tránsito a una verdadera república, la cual, sin embargo, tuvo una vida breve, pues terminó en 1512, cuando una rebelión oligárquica animada por los mismos Medici derribó al gobierno republicano, asumiendo nuevamente el control de la ciudad que no perdió sino hasta mediados del siglo XVIII (Hale, 2004; y Hibbert, 1979).

Podría decirse incluso que Dante llegó a tener mayor relevancia política que el mismo Maquiavelo, pues habiendo iniciado su carrera pública en 1295 como miembro del Consejo del Capitán del Pueblo, ascendió rápidamente, al grado de que tan solo cinco años después, en 1300, se convirtió en prior, es decir, miembro del máximo consejo de gobierno de la ciudad, la “Señoría”. Además, en 1302 fue uno de los tres embajadores que Florencia envió ante el papa Bonifacio VIII con el fin de atenuar el conflicto que había entre la santa sede y la ciudad (Najemy, 2002). Es cierto que también Maquiavelo llegó a convertirse en una figura prominente del gobierno de Florencia, especialmente a partir de 1502, cuando Pietro Soderini asumió la investidura de gonfaloniero vitalicio y él se convirtió en uno de sus principales colaboradores, sin embargo, nunca trascendió el cargo de segundo secretario de la cancillería (Bock, 1991).

A pesar de este contraste, es muy probable que Dante no haya tenido nunca la importancia y decisión en el gobierno de Florencia que le atribuye Bocaccio, quien en su *Breve tratado de alabanza a Dante* le otorga una posición no sólo prominente, sino definitiva, pues refiere que “ninguna embajada era escuchada ni respondida, ninguna ley se decretaba ni abrogaba, ninguna guerra se hacía ni terminaba, ninguna deliberación importante se realizaba sin escuchar antes el juicio de Dante”

(Bocaccio, 2000: 146). En sus crónicas, que tienen otra finalidad más amplia y testimonial que la mera alabanza de algún personaje, ni Compagni ni Villani le dan tanta nombradía a Dante como lo hace Bocaccio (Compagni, 1963; y Villani, 1967).

Es cierto, por otro lado, que Dante se tenía a sí mismo en un alto concepto, al menos como poeta, de lo cual hay varias alusiones en la *Comedia*, en donde en el *Infierno* IV, 79-102 se llega a considerar incluso uno de los seis grandes poetas conocidos hasta entonces, siendo los otros cinco Homero, Horacio, Ovidio, Lucano y Virgilio (Alighieri, 2016: 24). Lo dice así el mismo Bocaccio, que da cuenta de que “Era muy alto el concepto que tenía de sí mismo. Quienes lo conocieron, relatan que estaba muy consciente de su valía” (Bocaccio, 2000: 177). Incluso refiere también Bocaccio que cuando se mencionó a Dante como miembro de la embajada que se enviaría ante Bonifacio VIII, quien estaba por comisionar a Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, rey de Francia, como pacificador a Florencia, respondió Dante de esta manera proverbial “Si voy yo ¿Quién queda? Si no voy ¿Quién va?” (Bocaccio, 2000: 177).

Así, como puede verse, Dante y Maquiavelo se involucraron intensamente en la vida política de su natal Florencia, y lo hicieron asumiendo y pagando los enormes costos que ello contraía, ya que coincidentemente también ambos vivieron en una época de gran efervescencia política en la ciudad, de extrema polarización, que en ciertos momentos llegaba incluso hasta la crispación.

En la época de Dante llegó a su apogeo la división y encono entre güelfos y gibelinos, una división que no sólo partía a la ciudad, sino que se reproducía en una gran parte de las ciudades italianas, y que alcanzaba también a otras porciones de Europa (Marines, 1979; y Holmes, 1980: 22).

Aunque se ha convertido en un lugar común identificar a los güelfos como partidarios del papado y a los gibelinos como partidarios del Imperio en la enconada lucha que protagonizaron ambas instancias desde el siglo XI, la realidad es una tanto más compleja y difusa.

En el siglo XIII, cuando Dante comenzó su vida pública, la confrontación entre el papado y el Imperio alcanzó cumbres inéditas, no sólo se trataba de una cuestión espiritual, puesto que tal vez esta era lo de me-

nos, sino que era un enfrentamiento por la primacía terrenal, que involucró no sólo recursos económicos y políticos, sino incluso militares. Así, aunque el alcance del choque era universal, o al menos de proporciones continentales, fue Italia el territorio donde más intensa y prolongadamente se presentó el conflicto, pues en esta zona era donde confluían con mayor fuerza las ambiciones y posibilidades de sus pretensiones encontradas, sobre todo porque también era un territorio cargado de significación y simbolismo para su poseedor (Kelsen, 2017: 36).

Era común entonces que en las distintas ciudades italianas hubiera individuos, familias o grupos que se identificaran, apoyaran y comprometieran con uno u otro partido. Llegó a haber casos incluso en los que toda la ciudad se identificaba con uno de los bandos. Algunos individuos o grupos se identificaban con uno de estos partidos siguiendo toda una tradición, había familias que tradicionalmente apoyaron a uno de los dos bandos, como era el caso del propio Dante, cuya familia había sido tradicionalmente güelfa. Había quien se identificaba con alguno de los bandos por cuestiones realmente espirituales, ya que la confrontación podía presentarse de manera antagónica y excluyente, presentando de un lado a los partidarios del papa, consecuentemente de la iglesia y la religiosidad, y del otro a los que estaban en su contra, y por ende de todo lo que ello implicaba.

Así, algunos abrazaban uno de estos partidos de por vida, y otros lo cambiaban en algún momento de ella por diversas razones o circunstancias, como fue el caso del mismo Marsilio de Padua, que era güelfo debido esencialmente a su origen, pues Padua había sido tradicionalmente güelfa. Sin embargo, al disentir del papa por sus pretensiones de gobierno terrenal, se acogió a la protección del emperador Luis de Baviera, volviéndose con ello automáticamente gibelino (Padua, 2009: XVII). Incluso llegó a haber quienes cambiaron de bando en más de una ocasión, guiados por el más claro y abierto oportunismo, como el caso del marqués Uberto Pelavicino, señor de Parma, Cremona, Piacenza, Pavia y Brescia, quien en la época de Federico II se pasó de un bando a otro repetidamente sin el menor escrúpulo, ejemplificando claramente el uso de una u otra etiqueta con el claro propósito de alcanzar los objetivos más inmediatos (Balestracci, 2017: 15; Ullman, 1965: 133; y Najemy, 2002).

Acorde precisamente a ese llano pragmatismo, fue muy común que dentro de una ciudad dos partidos o grupos sociales enfrentados entre sí adoptaran una de estas denominaciones o insignias con el único fin de acercarse a una potencia internacional o a otra facción regional, con el objetivo de ganar apoyo y fuerza para luchar contra su enemigo interno. Así, por ejemplo, varias ciudades italianas se volvieron güelfas no porque desearan integrarse completamente al bloque y la política del papa, sino porque de esa manera podían llamar más vistosamente la atención del papa y de otras fuerzas regionales para defenderse mejor del emperador y de sus pretensiones de sometimiento (Martines, 1979).

Como lo describe Compagni en su magistral crónica de esos sinuosos años, güelfos y gibelinos fueron nombres que adoptaron indistintamente muchas familias para disfrazar o revestir agrias y añejas rivalidades. Más aún, como él mismo lo cuenta con congoja, a partir del fatídico año de 1300, la disputa en Florencia ya no se dio entre güelfos y gibelinos, como había venido ocurriendo desde medio siglo antes, sino entre dos facciones de los güelfos, a pesar de haber sido la parte ganadora en los años previos (Compagni, 1993).

Aunque las desavenencias entre las familias güelfas Cerchi y Donati eran previas, en 1300 estalló un conflicto abierto y violento, esencialmente por motivaciones privadas, como también lo cuenta el propio Maquiavelo en el Libro II de su *Historia de Florencia* (Maquiavelo, 2009: 84-107). A partir de este conflicto se definieron dos partidos que a la postre sumaron a sus diferencias privadas algunas diferencias políticas, formándose la facción blanca y negra de los güelfos, que desde ese año protagonizaron las batallas políticas dentro de Florencia. Ciertamente, aunque el origen de la disputa era privado, se perfilaron importantes disputas políticas, pues los Cerchi provenían y representaban a la clase próspera, a un sector social que venía progresando en el terreno comercial e industrial, mientras que los Donati provenían y representaban a un estrato de extracción nobiliaria, defensora de instituciones feudales, e incluso enemiga de las *Ordenanzas de justicia* que vetaban el acceso de su clase a los cargos públicos, uno de los principios más encarnizadamente defendidos por los blancos.

El mismo Dante fue protagonista de estas disputas, pues ante la división de la ciudad se sumó al partido de los blancos, los partidarios de la

familia Cerchi, quienes tuvieron un fugaz momento de gloria en 1300, pero al año siguiente fueron desplazados por los negros, apoyados por el papa, cuya consecuencia fue que Dante fuera destituido y condenado al destierro (Gómez, 2005; y Crespo, 1999).

Del mismo modo, en otro contexto y otras condiciones, Maquiavelo también se enfrentó en su época a una profunda división de la ciudad, y aunque no existían ya la parte güelfa y la parte gibelina, se daban otras alineaciones. En su época, la confrontación dentro de la ciudad estaba protagonizada por la familia Medici y sus partidarios, representantes de los sectores oligárquicos, y por el otro lado los partidarios del gobierno republicano, el bando con el cual Maquiavelo se encontraba firmemente comprometido, tanto activa como ideológicamente.

Es cierto que en la última parte de su vida Maquiavelo se acercó a la familia Medici y se puso eventualmente a su servicio, pero ya la vida republicana de Florencia tenía los días contados, pues desde entonces, con una breve interrupción entre 1527 y 1530, los Medici no sólo recobraron el gobierno de la ciudad que no perdieron sino hasta mediados del siglo XVIII, sino que la misma autonomía e independencia de Florencia se perdieron definitivamente.

De este modo, aunque tanto Dante como Maquiavelo vivieron en sociedades profundamente divididas, contrapuestas y aún polarizadas, la posición de cada uno frente a ello fue completamente distinta. Mientras que Dante propuso siempre como finalidad última de la sociedad la paz y la unidad, atribuyendo al gobernante la responsabilidad última de alcanzarla y garantizarla, Maquiavelo consideró que la finalidad última de la sociedad era la libertad, atribuyendo igualmente al gobierno la función de preservarla y garantizarla (Davis, 1988: 44).

Dante no veía necesidad ni utilidad alguna en la confrontación social. En múltiples pasajes de la *Comedia* se lamenta por la desunión y conflicto dentro de Florencia, e incluso dedica todo el Canto XVI del *Paraíso* a describir y lamentar la lucha entre güelfos y gibelinos. Ya antes de éste, en el Canto VI, 73-75 del *Infierno*, había descrito el conflicto de acerba manera: “Justos hay dos, pero nadie los escucha: / son tres chispas —soberbia; y avaricia, / y envidia— las que atizan esta lucha”.

La importancia y prioridad que Dante le asigna a la paz social y a la paz universal se observa y documenta ampliamente en su tratado *De la mo-*

narquía, al grado de que frecuentemente se ha colocado a este texto dentro de la tradición del pensamiento utópico, un modelo utópico que se consagra a la paz y la justicia universal. Es verdad que allí señala a la justicia como el valor más importante de la humanidad, identificando paralelamente a la paz como el principal medio para alcanzarla, sin embargo, al atender todo el desarrollo de su argumentación, se puede observar que prácticamente la paz ocupa un lugar de primer orden, como si fuera un fin en sí mismo (Alighieri, 1990).

Evidentemente, ni Dante ni Maquiavelo consideraban que hubiera un único valor a perseguir en la vida política, como por ejemplo la paz o la libertad, ni que ambos valores no pudieran coexistir e integrarse, sin embargo, el énfasis que cada uno de ellos asignó a estos valores es diferente, al grado de adquirir tintes distintivos.

Maquiavelo considera que la libertad de los individuos en la sociedad estaba dada y garantizada por la oposición y lucha de facciones, por la permanente vigilancia que un partido ejercía sobre el otro, única manera de evitar que el partido gobernante se extralimitara y terminara cercenando la libertad, como lo expresa sin equívocos en los *Discursos* I, 4, donde dice “en toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos” (Maquiavelo, 2005: 42). Así, para él, la paz era importante, ciertamente, al grado de que no dejó de reprobar los excesivos tumultos y desórdenes públicos, los cuales eran más riesgosos en tiempos de guerra, cuando los enemigos podían explotar mejor la desunión del Estado en su provecho. Sin embargo, en tiempo de paz, afirmaba contundentemente, era útil y necesaria la división social y política, única garantía estructural de la libertad, circunstancias en las cuales Maquiavelo desplazaba a una consideración secundaria la paz, dándole así prioridad a la libertad, haciendo gala del más puro espíritu republicano.

Como puede verse, este es uno de los contrastes que mejor evidencian las diferencias entre el pensamiento político de uno y otro. Mientras que la preponderancia que Dante le confiere a la paz y la unidad social evidencian su extracción y sustrato medieval, en concordancia con su concepción orgánica y totalizadora de la naturaleza y el universo, Maquiavelo asume, incorpora y funcionaliza la división y confrontación

dentro de la sociedad, otorga legitimidad y pertinencia a la contraposición política de los intereses del individuo y los grupos sociales, institucionaliza la divergencia y el pluralismo social, abriendo el paso a una nueva concepción y arquitectura del Estado, la del Estado moderno (Paterman, 1982: 630).

De la monarquía universal al Estado nacional

Dante es el pensador del Medioevo que más claramente lleva hasta sus últimas consecuencias en el plano político la pretensión de un Imperio universal. Como se ha mostrado ya, el pensamiento medieval se basa en la certeza de la unidad de la naturaleza y la humanidad, en la prevalencia del todo sobre las partes, y la consecuente subordinación a ella. En el terreno político, esta premisa no sólo implica concebir al Estado como un todo al que deben someterse incondicionalmente los ciudadanos, sino proponer que la unidad política de los seres humanos sólo puede llegar a su verdadera realización cuando todos los individuos, cuando la humanidad en su conjunto, esté fundida en un solo cuerpo político, cuando esté sometida a un solo gobernante (Kantorowicz, 1985: 440; y Gilson, 2011: 153).

Para Dante, inspirado en buena medida en Alberto Magno y Tomás de Aquino, tanto el legislador como el monarca universal tienen la capacidad y posibilidad de dar un orden racional a la vida social, un orden que no deriva en primera instancia de la voluntad o el artificio normativo del legislador, sino de la unidad de la naturaleza (D'Entrèves, 1952b: 22).

Así, esta pretensión de dominio universal no sólo era un corolario filosófico, sino también un ingrediente genético de la civilización cristiana medieval, un componente de su herencia del antiguo imperio romano, por lo que la instauración de una monarquía universal no estaba apoyada solamente en una premisa filosófica, sino también en una tentativa de restauración histórica. Como dice T. S. Eliot, es probable que la Europa de la época de Dante estuviera mucho más unida culturalmente de lo que está ahora (Eliot, 1994: 13).

Sin embargo, la pretensión de una monarquía universal no sólo provenía del campo civil, sino también del religioso. Prácticamente, desde la oficialización del culto cristiano por Teodocio, la iglesia manifestó sus pretensiones de alcance universal, las cuales no solo se dirigían a los aspectos espirituales, sino también terrenales.

Desde el papado de Zósimo (417) se planteó que el papa no podía ser juzgado por nadie, lo que claramente significaba un desafío a la autoridad del emperador. Apenas un poco después, el papa León I (440-461) planteó que los poderes del papa eran iguales a los de San Pedro, y que los papas no se sucedían unos a otros en el trono cristiano, sino que sucedían directamente a San Pedro, lo que no sólo le daba una nueva significación al principio hereditario del poder, sino que le daba una significación sagrada a la misma investidura papal. Para cuando el papa Gelasio I (492-496) llegó al papado ya había una parte importante del camino andado en la afirmación de la hierocracia, pues él llegó a afirmar sin embozo que el emperador debía someterse al clero (Rendina, 2011; y Ullman, 1965: 19-32).

Sin embargo, un mayor desafío lanzado contra la soberanía del gobierno temporal vino con Gregorio VII (1073-1085) y su *Dictatus papae* de 1075, se extendió con la doctrina de las *dos espadas* en los siglos XII y XIII, para alcanzar su punto culminante con Bonifacio VIII (1294-1303), el papa que emitió dos documentos fundamentales para la iglesia en esa época, que documentan su lucha contra el emperador, el *Clericis laicos* de 1296 y la *Unam sanctam* de 1302, postulando de la manera más seria y desafiante hasta entonces un *cesaropapismo* irredento (Nieto, 2016: 107, 176; y Ullman, 1965: 35, 141). Además, Bonifacio fue un papa determinante y funesto para Florencia y para Dante, tanto porque intervino abierta y perniciosamente en la vida interna de la ciudad como porque contribuyó indirectamente al destierro y proscripción del poeta (Miethke: 1993; Gierke, 1963: 98; y Wood, 2011: 275).

Bonifacio VIII enfrentó plenamente, como ningún otro papa antes, las tentativas de afirmación soberana del reino de Francia, lo cual simbolizó uno de los episodios más importantes en la afirmación secular soberana de un Estado en contra de la pretensión de dominio universal del papado, lo cual condujo a un enfrentamiento que sumiría en una profunda crisis al papado en los decenios siguientes (Miethke, 1993: 119).

En esta época, el papado contaba ya con ilustres defensores, dentro de los que destaca fulgurantemente Tomás de Aquino, sin embargo, del lado contrario, del lado que defendía la independencia del poder terrenal y aún el sometimiento a este de la iglesia católica, destacan también notables figuras, principiando con Guillermo de Okham, Marsilio de Padua y el propio Dante (Okham, 2008; Padua, 2009; Alighieri, 1990).

Dante critica en todos los sentidos al papa y a la iglesia católica. Como es bien sabido, concibe y dedica todo su tratado *De la monarquía* a plantear la necesidad y conveniencia de una monarquía universal al margen y sobre la autoridad del papa. Dando muestras de una claridad metodológica poco usual en la época, explica los argumentos de los tres *Libros* que componen su obra y sustentan la tesis de una monarquía de alcance universal “Nos preguntamos primero si dicho régimen es necesario para el bien del mundo. Segundo, si el pueblo romano se atribuye legítimamente su ejercicio. Tercero, si la autoridad de la monarquía depende inmediatamente de Dios, o de algún ministro o vicario de Dios” (Alighieri, 1990: 36; y Figgis, 1982: 53).

Con respecto al argumento tratado por Dante en el Libro II de su obra, Tomás de Aquino, siguiendo a San Agustín, ya había planteado en *El gobierno de los príncipes* (III, 4-6), que los romanos de la antigüedad habían merecido ser depositarios del imperio del mundo, ponderando sobre todo el gobierno justo y benévolo que habían ejercido (Aquino, 2004: 412-419). Como se citó antes, Dante dedicó todo el Libro II de *De la monarquía* a defender la idea de que los romanos merecían la prerrogativa y el privilegio de ser los depositarios de esta monarquía temporal, a la cual debía someterse no sólo Europa y el resto del mundo conocido, sino por principio Italia. Así, aunque en toda esa sección de su texto Dante parece referirse a los romanos de la antigüedad, en el Libro III, sin mediar aclaración alguna, se refiere a los romanos contemporáneos, transfiriéndoles la prerrogativa de los antiguos (Alighieri, 1990: 59-90).

Además, como se refirió antes, Dante dedica todo este Libro II a impugnar las pretensiones de gobierno terrenal del papa, polemizando con las teorías teocráticas que sometían el poder civil al espiritual, las cuales pretendían que el emperador dependía del papa como vicario de Cristo aún para los asuntos del gobierno terrenal (Davis, 2002: 68). En contra

de ello, Dante afirmó contundentemente que el poder del emperador no dependía del papa, sino que emanaba directamente de dios. De este modo, aun cuando muy frecuentemente se ha interpretado la doctrina del derecho divino de los reyes como una teoría que fortalece la legitimidad teocrática del Estado medieval, en realidad fue usada por muchos pensadores políticos de la época, comenzando por el propio Dante, para deslegitimar las pretensiones del papa y fortalecer la legitimidad de los príncipes seculares (Figgis, 1982: 41)

A pesar de que no se tiene certeza absoluta acerca de la fecha de composición de *De la monarquía*, hay un amplio consenso en el sentido de que fue posterior a la incursión de 1310 de Enrique VII de Luxemburgo en Italia, a la cual Dante se sumó con esperanza y emoción, sin que quede del todo claro si con ello esperaba solamente un desagravio frente a Florencia, principio de su repatriación, o si ya en ese momento albergaba algún germen de las ideas que desarrollaría en su texto, sacrificando su sentido patriotismo a la instauración de un emperador con amplio dominio sobre Europa, germen de su monarquía universal, una idea que circulaba en un amplio perímetro europeo, al grado de que por esas mismas fechas el abad benedictino alemán Engelberto de Admont la plasmará también en su *De ortu et fine Romani* (Figgis, 1982: 55; Miethke, 1993: 136-139).

Maquiavelo no podía estar más en desacuerdo con estas ideas políticas de Dante (Paterman, 1982: 249).

Maquiavelo no sólo ve con desprecio a los alemanes que representa Enrique de Luxemburgo, a quienes como sus ancestros romanos los sigue considerando bárbaros, sino que no le perdonó en modo alguno a Dante que apoyara al emperador en contra de su misma patria. En este sentido, la posición de uno y otro con respecto a la posición internacional de Florencia no puede ser más contrastante, antagónica: mientras que Dante quiere hacer de Florencia parte de un Imperio, Maquiavelo busca su total independencia y autonomía, incluso alberga la ensoñación de que recaiga en ella el liderazgo de la unificación italiana, para enfrentar así en mejores condiciones no sólo al emperador, sino a cualquier otra potencia extranjera.

Además, Maquiavelo no comparte en absoluto la idea de Dante acerca del privilegio de los romanos para ser la sede de la monarquía univer-

sal, pues no les reconoce ningún mérito para ello, comenzando porque su propia idea de virtud se aparta por completo de la primogenitura o la transmisión hereditaria, por lo que consideraba que el pueblo de la Roma renacentista no era acreedor a ningún privilegio de este tipo (Davis, 1988: 44).

En este sentido, si bien Dante y Maquiavelo comparten en términos generales la idea de que la virtud no es un bien que se hereda, que esté asociado con la sangre o con la cuna, inexplicablemente Dante otorgó a los romanos un status de pueblo elegido, una especie de primogenitura en lo que respecta al trono universal, que definitivamente no corresponde con su rechazo de la aristocracia nobiliaria.

Nada de eso comparte Maquiavelo. Por principio, no le presta la más mínima atención en ninguno de sus escritos a la idea de gobierno universal. Para él, todos los príncipes de los Estados europeos de su época comparten el mismo estatuto, ser príncipes soberanos de sus pueblos. Es cierto que el emperador, el rey de Francia y el rey de España, encabezan a las principales potencias internacionales del momento, pero eso no altera su estatus internacional, son tan sólo príncipes de sus Estados, como lo son los príncipes del resto de los Estados.

Para Maquiavelo la escena internacional está formada por una pluralidad de Estados, los cuales formalmente tienen la misma calidad, la misma consideración de Estados soberanos. Es cierto que la potencia de cada uno de ellos es diferente, y en el caso de las potencias más fuertes, la diferencia es mayor. Para él, todos estos Estados están en franca competencia para crecer e imponer sus condiciones al resto, un impulso que Maquiavelo no considera anómalo o impropio, sino muy natural en los hombres y los Estados.

Maquiavelo estaba consciente de que Florencia no podía sobrevivir por sí misma en el ámbito internacional, sabía que debía sumarse a otras ciudades, a toda Italia incluso, para construir un Estado mayor que tuviera viabilidad en el plano internacional. Maquiavelo partía ciertamente de una serie de consideraciones culturales, geográficas e históricas para concebir la unión de Italia. Es cierto que llegó a identificar a César Borgia y a algún miembro de la familia Medici para encabezar este esfuerzo, pero se trataba más de identificar la virtud política en alguno de ellos que de otorgar la primacía a un pueblo, como lo hace Dante.

En todo caso, a principios del siglo XVI, Maquiavelo ya no admitía ninguna fantasía acerca de un gobierno universal, para entonces, aparecía ante sus ojos la evidencia clara de que la escena internacional era ocupada por Estados independientes y soberanos, en competencia y equilibrio dinámico, que impondrían otro tipo de orden internacional distinto al antiguo imperio universal y a los sueños imperiales medievales.

Conclusiones

Dante no sólo fue un gran poeta, también fue un gran pensador político. Las ideas políticas que se desarrollan en *De la monarquía*, en menor número en el *Convivio* y que subyacen en múltiples y emotivos pasajes de la *Comedia*, son una clara expresión de una parte de las teorías políticas medievales, que al compararlas con las teorías políticas modernas, como las del propio Maquiavelo, no tienen nada de elemental o pueril en sí mismas, en tanto que responden y se ajustan a una realidad y una exigencia social y política totalmente distinta, una realidad que se va transformando a lo largo de diez siglos y que tuvo sus variaciones y matices a lo largo y ancho del vasto territorio europeo.

En consonancia con ese ambiente medieval, Dante parte de la premisa de la unidad como principio lógico de la estructuración del mundo. Del mundo natural, creación y emanación divina, y del mundo social y político, emanación inalterada de la naturaleza humana. De esta manera, siguiendo la vena aristotélica que ya había hecho paradigmática Alberto Magno y Tomás de Aquino, Dante plantea que dado que todas las cosas están encaminadas a un fin, la persecución de ese fin no puede darse de ninguna otra forma más que por la unidad de cada entidad axiológica, lo que implica que todas las partes de cada una de ellas se someta a un centro, a un nervio motriz, que impulse de consuno y uniformemente al todo hacia el único fin que le conviene a la unidad.

Así, el individuo, la familia, la ciudad y la humanidad no pueden perseguir sus fines si no es más que partiendo de una plena y absoluta unidad, la cual no puede ser otra que la razón del individuo, el jefe de

una familia, el príncipe de la ciudad y el monarca universal de la humanidad.

Los fines de la monarquía universal identificados por Dante no pueden ser más nobles; la paz, la justicia y la felicidad son valores que no pueden sino llenar de significado el ideal de una humanidad plenamente realizada.

Sin embargo, las condiciones materiales e ideológicas a las que se enfrenta Maquiavelo ya no coinciden con las de Dante. Maquiavelo acepta y asume a un individuo que no pierde su condición humana aún cuando se deje llevar y dispersar por sus pasiones; asume y acepta una sociedad esencial y permanentemente dividida; y reconoce la existencia de una pluralidad de Estados que pueblan la escena internacional y que no se plantean siquiera ya la posibilidad o deseabilidad de un gobierno universal.

Esto no significa en modo alguno que la teoría política que inaugura y representa Maquiavelo no de paso a valores e ideales humanos, más aún, muchos de ellos son idénticos a los del mismo Dante, como la paz, la justicia, la felicidad, pero hay una notable diferencia en la manera de concebirlos y perseguirlos.

Bibliografía

- Alighieri, D. (1948). *El convivio*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Alighieri, D. (1980). *Obras completas*. Madrid: Católica.
- Alighieri, D. (1986). *Vida nueva/ Tratado de la lengua vulgar*. Ciudad de México: SEP.
- Alighieri, D. (1990). *De la monarquía*. Buenos Aires: Losada.
- Alighieri, D. (2016). *Divina comedia*. Madrid: Alianza.
- Aquino, T. (2004). *Gobierno de los príncipes*. Ciudad de México: Porrúa.
- Balestracci, D. (2017). *La battaglia di Montaperti*. Bari: Laterza.
- Black, A. (1996). *El pensamiento político en Europa 1250-1450*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Bocaccio, G. (2000). *Breve tratado en alabanza a Dante*. Ciudad de México: UNAM.
- Bock, G., et. al. (eds.) (1991). *Machiavelli and Republicanism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Compagni, D. (1983). *Crónica de los blancos y los negros*. Buenos Aires: CEAL.
- Crespo, Á. (1999). *Dante y su obra*. Barcelona: Acantilado.
- D'Entréves, A. P. (1952a). *Dante as a Political Thinker*. Oxford: Clarendon Press.
- D'Entréves, A. P. (1952b). *The Medieval Contribution to Political Thought*. Nueva York: The Humanites Press.
- Davis, C. T. (1988). Dante, Machiavelli, and Rome. *Dante Studies*, (106), 43-60.
- Davis, C. T. (2002). Dante and the Empire. En R. Jacoff (ed.). *The Cambridge Companion to Dante*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Eco, U. (coord.) (2016). *La Edad Media. I. Bárbaros, cristianos y musulmanes*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Eliot, T.S. (1994). *Dante*. Tuxtla Gutiérrez: Cifra.
- Fedou, R. (1977). *El Estado en la Edad Media*. Madrid: EDAF.
- Figgis, J. N. (1982). *El derecho divino de los reyes*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Gierke, O. v. (1963). *Teorías políticas de la Edad Media*. Buenos Aires: Huelmul.
- Gilson, E. (2011). *Dante y la filosofía*. Pamplona: EUNSA.
- Gómez Robledo, A. (2005). *Dante Alighieri*. Ciudad de México: El Colegio Nacional.
- Hale, J. R. (2004). *Florence and the Medici*. Londres: Phoenix.
- Haskins, C. H. (1957). *The Renaissance of the 12th Century*. Nueva York: Meridian.
- Hibbert, C. (1979). *The Rise and Fall of the House of Medici*. Londres: Penguin.
- Hight, G. (2018). *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*. Vol. I, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- Holmes, G. (1980). *Dante*. Oxford: Oxford University Press.
- Kantorowicz, E. H. (1985). *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza.
- Kelsen, H. (2017). *Lo stato in Dante*. Milán: Mimesis.
- Le Goff, J. (2018). *Hombres y mujeres de la Edad Media*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, N. (1987). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza.
- Maquiavelo, N. (2009). *Historia de Florencia*. Madrid: Tecnos.
- Maquiavelo, N. (2010). *El príncipe*. Madrid: Alianza.
- Maquiavelo, N. (2012). *Diálogo en torno a nuestra lengua*. Madrid: Alianza.
- Maquiavelo, N. (2013). *Epistolario 1512-1527*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Miethke, J. (1993). *Las ideas políticas de la Edad Media*. Buenos Aires: Biblos.
- Migliorini, B. (2016). *Storia della lingua italiana*. Milán: Bompiani.
- Najemy, J. M. (2002). Dante and Florence. En R. Jacoff (ed.). *The Cambridge Companion to Dante*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nieto Soria, J. M. (coord.) (2016). *Europa en la Edad Media*. Madrid: Akal.
- Ockham, G. de. (2008). *Sobre el gobierno tiránico del papa*. Madrid: Tecnos.
- Padua, M. de. (2009). *El defensor de la paz*. Madrid: Tecnos.
- Peterman, L. (1982). Dante and the Setting for Machiavellism. *The American Political Science Review*, 76 (3), 630-644.
- Peterman, L. (1990). Gravity and Piety: Machiavelli's Modern Turn. *The Review of Politics*, 52 (2), 189-214.
- Peterman, L. (1987). Machiavelli's Dante & the Sources of Machiavellianism. *Polity*, 20 (2), 247-272.
- Petronio, G. (1990). *Historia de la literatura italiana*. Madrid: Cátedra.
- Rendina, C. (2011). *I papi. Da San Pedro a papa Francesco*. Roma: Newton Compton.
- Romano, E. (2001). On the Rule of Princes (Selections). En A. S. McGrade, et. al. (eds.). *The Cambridge Translations of Medieval Philosophical Texts*. Vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press.

- Ullman, W. (1965). *A History of Political Thought: The Middle Ages*. Harmondsworth: Pelikan.
- Villani, G. (1967). *Crónicas florentinas*. Buenos Aires: CEAL.
- Viroli, M. (2009). *Il sorriso di Niccoló. Storia di Machiavelli*. Bari: Laterza.
- Vivanti, C. (2013). *Maquiavelo. Los tiempos de la política*. Barcelona: Paidós.
- Wood, E. M. (2011). *De ciudadanos a señores feudales*. Madrid: Paidós.

Recibido: 13 de marzo de 2020
Aceptado: 18 de agosto de 2020